

## Un pobre Cura, rico de Dios

Nicolas Bossu

Licenciando en Teología

Sacerdotes santos

**A**BUNDAN EN NUESTRO TIEMPO los escritos sobre el Cura de Ars. Son universalmente conocidas la vida y las anécdotas sobre San Juan-María Vianney, sus ejemplos de sacrificio y sus innumerables horas en el confesionario. El Papa Benedicto le dedicó su carta de convocatoria del año sacerdotal. Incluso muchos fueron en peregrinación a la tumba del patrono de todos los sacerdotes del mundo.

Aquí nos fijaremos solamente en una vertiente de esta cumbre de santidad: la pobreza. El Santo Cura nos está invitando sobre este camino, para acompañarnos en la ascensión hacia Dios. ¿Cómo fue, concretamente, su pobreza? ¿Cómo creció en esta virtud? ¿Con cuáles consecuencias?

### Una pobreza extrema, pero querida

El futuro Cura de Ars nació pobre. Mientras el país sufría la tormenta revolucionaria, y luego el peso de las guerras del Emperador, la gente del campo tenía que luchar día a día para no caer en la miseria<sup>1</sup>. Se veían a menudo huérfanos errantes por los campos, hambrientos con sus atavíos que no protegían del frío; la familia Vianney ofrecía a estos pobres lo que tenía: un techo, una buena sopa, una acogida humana; era la generosidad sencilla y cristiana del pobre que ayuda al mísero aunque la distancia que los separa es mínima. Así el joven *Jean-Marie* aprendió de sus padres los gestos de la solidaridad humana y de la caridad cristiana, y se consideró toda su vida como miembro de la última clase social.

Un detalle, entre mil, nos muestra que no sólo era de condición pobre, sino que asumió y cultivó la virtud de la pobreza: al llegar a su nuevo ministerio, rechazó enérgicamente las legítimas – y pequeñas – comodidades que los feligreses le habían preparado, en particular los muebles<sup>2</sup>. Da que pensar que no rehusara los libros, no por amor a esta pesadilla suya que era el estudio, sino para poder preparar, durante largas horas en la noche, el sermón del día siguiente. Así la pobreza fue un matiz constante de su ministerio: bas-

<sup>1</sup> Cf. FRANCIS TROCHU, *El Cura de Ars*, Palabra, Madrid 2008, p. 41.

<sup>2</sup> Cf. MARC JOULIN, *Il Santo Curato d'Ars*, Paoline, Milano 2009, p. 31.

ta pensar en su comida, que se limitaba en tomar de vez en cuando unos expedientes – llamados *matefaim*, mata-hambre – totalmente insuficientes para su organismo; no deja de maravillarse como haya podido sobrevivir con estas pocas patatas y tazones de leche engullidos con prisa<sup>3</sup>. Y esta opción por la pobreza, la mantuvo sobre todo cuando, con el éxito de las peregrinaciones a Ars, pasaban por sus manos grandes sumas de dinero, invertidas inmediatamente en obras pías o de beneficencia.

Se sentía pobre con los pobres; como un hermano, camino a la escuela, lleva su hermanita de la mano, usaba la simpatía natural para elevarles al amor de Dios, y un comentario pío acompañaba siempre sus limosnas. Sobre todo, se esmeraba para que sus amigos, sus hermanos los pobres, no sintieran esta vergüenza humana que produce la inferioridad social, la necesidad de tender la mano para poder comer. A menudo mandaba regalos directamente a las familias, en secreto, mediante personas de confianza. Y más de una vez, para aliviar a quien no se nutría o no se vestía bien, se le vio elaborar esta estratagema: pedir al necesitado algo que tenía en cambio del pan fresco o del vestido bueno que un feligrés le había regalado. Así el pobre no se sentía mendigo, sino una persona tocada por una mirada de amor.

Instintivamente, seguía las recomendaciones de Jesucristo y de la Iglesia en relación con la pobreza: su mano derecha ignoraba lo que hacía la izquierda; por ejemplo, en relación con la ciega Antoinette Bichet, que vivía cerca de la parroquia, y a la cual ofrecía a menudo, en silencio, algo de comer. La ciega, nos cuenta la buena Catherine Lassagne, pensaba recibir alguna limosna de una pía comadre, y le agradecía con un “¡muchas gracias, amiga mía!” al cual el Santo contestaba con una sonrisa paternal<sup>4</sup>. Al igual que su Madre la Iglesia, estaba más preocupado por la miseria moral que por la material: así la casa que fundó bajo el nombre de *La Providence*, al recoger a las huérfanas del pueblo, tenía como fin principal la educación y la catequesis. Esta aventura de *La Providence* nos muestra cómo el Santo Cura asumió la pobreza, no se rindió de frente a la tremenda falta de medios materiales a su disposición. Un día que pedía a Catherine aceptar una nueva huérfana encontrada por el camino, ésta le contestó: “¡No hay más camas en casa!” – “Queda siempre la suya...”, replicó el Santo Cura, que con su ejemplo lograba obtener estos gestos heroicos de desprendimiento<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> “En realidad, sobrevivía en un estado de ayuno perpetuo. Caía a menudo de inanición...”: JEAN-JACQUES ANTIER, *le Curé d’Ars*, Perrin, Paris 2006, p. 276.

<sup>4</sup> MARC JOULIN, *Il Santo...*, 71.

<sup>5</sup> FRANCIS TROCHU, *El Cura...*, 152.

Sorprendía en él una forma más elevada de pobreza: la ausencia de cualidades humanas y de dotes naturales. Estaba profundamente convencido de su inutilidad en muchos campos, empezando por el arte sacerdotal, y había renunciado desde el seminario a ser considerado como “alguien”. Un día, un sacerdote vecino, en su disgusto de ver a sus propios feligreses acudir a Ars, le había mandado una carta injuriosa que decía entre otras cosas: “Señor Cura, cuando se tiene tan poca teología como usted, no se debería entrar en el confesionario”; a la cual el Santo Cura contestó con una sinceridad capaz de desarmar a cualquiera: “Señor Cura, veo que usted es el único que me conoce bien. Dado que tiene la bondad y la caridad de interesarse en mi persona, ayúdeme en obtener la gracia que estoy pidiendo desde hace mucho: ser reemplazado en mi puesto que no merezco ocupar, por causa de mi ignorancia, para poder retirarme en un pequeño rincón y llorar allí mi pobre vida”<sup>6</sup>.

### La pobreza en su crecimiento

Sería inútil describir con más detalles la pobreza efectiva del Cura de Ars: aparece en cualquier buena biografía del Santo; nos interesa ahora examinar más de cerca cómo creció esta virtud. Son pistas, actitudes internas, que nos pueden ayudar en nuestro propio camino cristiano. Cabe sin embargo recordar que las virtudes forman un todo: el crecimiento de una está ligado a todas las demás. Así que no podemos separar la pobreza del Cura de Ars del tema más general de su santidad, que es obra de Dios. Al fijarnos en sus posturas internas, no olvidemos que son fruto del Espíritu Santo en su alma, el mismo Espíritu que actúa también hoy en nosotros.

Una flor poco resaltada del jardín interior del Santo era la gratitud. El espíritu de agradecimiento aparece en un momento muy difícil de su vida: en el seminario de Lyon, cuando sus numerosos defectos humanos impedían su camino hacia el sacerdocio. Repetidas veces fue juzgado “incapaz para la ordenación”. ¡Cuánto puede consolar a los seminaristas menos dotados el contemplar a dos futuros santos canonizados, Marcellin Champagnat y Jean-Marie Vianney, compañeros en el fondo del salón de clases con las peores calificaciones!<sup>7</sup> Pero en estas circunstancias, no se desanimaba sino que agradecía al Buen Dios el haberle permitido llegar hasta este punto. Igualmente, cuando el Vicario General, al nombrarle vicario en Ecully en el momento de la ordenación sacerdotal, precisó que no podría “ni predicar, ni confesar” (¡el futuro patrono de los confesores!), sintió toda la felicidad del

<sup>6</sup> JEAN-JACQUES ANTIER, *le Curé...*, 249.

<sup>7</sup> FRANCIS TROCHU, *El Cura de Ars...*, 115.

mundo en celebrar sus primeras misas, sin importarle estas restricciones bastante humillantes.

El Espíritu Santo le llevó también paulatinamente en el espíritu de desprendimiento. El Cura de Ars parecía sentir una repulsión casi visceral hacia las cosas materiales que podrían obstaculizar su camino hacia Dios. Quizás era fruto de la fuerte purificación activa, luego pasiva, que su trayectoria personal nos presenta (las famosas mortificaciones físicas, la angustia frente al ministerio, etc.). Basta recorrer la historia de *la Providence*: desde el inicio, se ve la fragilidad de esta obra, en particular durante el año 1837, cuando Catherine Lassagne estuvo enferma<sup>8</sup>. Pero Dios quería la obra, y el Santo Cura no se dejó vencer por los obstáculos; sin saberlo, y un siglo antes del Concilio Vaticano II, inventó una nueva forma de consagración para mujeres, que no eran religiosas: unas “laicas consagradas”. Pero, a la vuelta de pocos años, “le Bon Dieu” (el buen Dios) pareció cambiar idea, pues el obispo pidió al Santo abandonar la casa en beneficio de una congregación religiosa. El sueño visionario se acababa, con mucho dolor para el siervo de Dios, que agachó la cabeza y se desprendió de su querida obra. Esta pobreza es mucho más admirable que el sencillo desapego de las cosas materiales.

Siempre tendiendo hacia la posesión eterna de Dios, que le hacía vibrar en sus sermones, el Cura de Ars se comportaba como un peregrino que rechaza todo lo que pudiera frenar su camino. Esta peregrinación tuvo episodios grotescos, por ejemplo cuando Jean-Marie no logró seguir a su batallón camino a la guerra de España: perdido en el bosque, enfermo y sin apoyos humanos, el Santo se había convertido en un sospechoso desertor del ejército... Otro sacerdote santo, el Padre Pío de Pietralcina, vivirá las mismas situaciones absurdas en las guarniciones de la primera guerra mundial<sup>9</sup>; ambos se convencieron más que su camino en la vida no era de este mundo, sino de Dios. Antes de forzar la providencia con sus oraciones y sacrificios, el Cura de Ars experimentó el alivio de confiar en ella, en medio de las zozobras de este mundo...

### **Frutos de la pobreza**

Numerosas fueron las consecuencias de la pobreza en la vida de Jean-Marie Vianney. La más evidente fue la bendición material de Dios, para él y para sus

<sup>8</sup> MARC JOULIN, *Il Santo...*, 78.

<sup>9</sup> El padre Pío habría dicho, refiriéndose a su uniforme ridículo sobre su cuerpo enfermo: “Mi madre me hizo varón; la Iglesia me hizo mujer [por la sotana], el Estado italiano me hace ahora un *clown*...”

feligreses. En la casa de *la Providence*, donde más se sentía la pobreza a diario, tuvo lugar este milagro discreto, tan evangélico: la multiplicación del grano<sup>10</sup>. Nos muestra que el Dios de Jesucristo, que es el Dios de los pobres, no se deja vencer en generosidad. Y para sus numerosas obras caritativas, para las misiones que mandaba realizar, para las familias que sostenía, para el decoro de su querida iglesia... el Cura de Ars, que tanto amaba la pobreza, se puso a buscar dinero – mucho dinero<sup>11</sup>. A sus párrocos vecinos, que difícilmente lograban equilibrar las cuentas de sus parroquias, el Santo daba este consejo: “Mi secreto es darlo todo. Denlo todo, y tendrán dinero”<sup>12</sup>. Incluso la economía del pueblo de Ars, muy precaria al inicio del siglo XIX, se transformó gracias al ministerio de su Pastor: los efectos benéficos de la peregrinación incesante (muchos clientes para las hosterías, etc.) compensaron con mucho las austeridades exigidas (cierre de los *cabarets*, prohibición del trabajo dominical...).

A nivel personal, la pobreza fue para el Santo Cura una fuente de profunda libertad interior: su alma tendía más hacia Dios y hacia los hombres, y ya no se reservaba nada para sí mismo. No conocía los frenos que habitualmente, por egoísmo, nos imponemos en nuestra práctica de la caridad. Así la Eucaristía era su único tesoro, y por eso su Santa Misa atraía tanto a los feligreses: se le veía llorar de amor delante de Cristo en la divina hostia. “Jesús está aquí como en el Cielo”, decía con emoción... “Hasta la consagración, voy bastante de prisa... pero después de la consagración lo olvido todo, porque tengo a Dios Nuestro Señor en mis manos...” y lloraba como niño<sup>13</sup>. Así experimentó profundamente la Misericordia divina; al inicio de su ministerio, tenía mucho del jansenismo angustiado, que tanto le hacía sufrir porque dudaba continuamente de su propia salvación; pero con los años, la Bondad de Dios le tocó, la serenidad reinó en su alma y dejó de amenazar a los penitentes con el infierno. Al contrario: “el Buen Dios tiene más prisa en perdonar a un pecador arrepentido, que un padre en retirar a su hijo del fuego”, predicaba<sup>14</sup>. Llegó hasta sorprender por la desproporción entre los pecados muy graves que absolvía, y las pequeñas penitencias que imponía: “No hay que desanimar al pecador”, decía. “Por eso le doy una leve penitencia y me encargo de completar lo que falte”.

“Cuando estés ayunando, úngete la cabeza y lávate la cara” (Mt 6, 17): en medio de su austera pobreza, el Cura de Ars seguía muy bien este consejo de

<sup>10</sup> JEAN-JACQUES ANTIER, *le Curé...*, 225.

<sup>11</sup> MARC JOULIN, *Il Santo...*, 37.

<sup>12</sup> JEAN-JACQUES ANTIER, *le Curé...*, 277.

<sup>13</sup> *Id.*, 205.

<sup>14</sup> *Id.*, 266

Jesús. Por ejemplo, mientras su comida era extremadamente pobre, cuando le tocaba invitar a sus colegas en Ars, ponía todo su corazón en ofrecerles un banquete de calidad, y fomentaba la convivencia más agradable; en las visitas a sus feligreses, aceptaba de buen grado compartir los manjares que le ofrecían, para introducirse en las familias y llevarlas así a Dios<sup>15</sup>. Parecía que si experimentaba más sequedad interior, prodigaba más consolación en lo exterior... Por ello, para pedir dinero, no jugaba con el sentimiento de culpabilidad o el remordimiento: “Si tienen mucho, den mucho; si tienen poco, den poco; pero en todo caso, den con alegría y de buen corazón”<sup>16</sup>. Su ingeniosidad en este campo llegó hasta el extremo, bastante cómico, de vender sus dientes como futuras reliquias. ¡Obviamente se le dejó el usufructo de las mismas! “Iría hasta vender mi cadáver para ayudar a los pobres”, decía<sup>17</sup>.

\* \* \*

Nació pobre, amó la pobreza, murió desprendido de todo y apegado sólo a Dios: así podríamos describir el recorrido del Santo, el mismo que nos invita a emprender con él. Añadiremos una pequeña señal que muestra mejor que todo las alturas de su pobreza: la Alegría. Una alegría profunda y sencilla, tan extraña para la naturaleza, cuando le dolían los efectos de la pobreza. Es que resonaba en su alma la promesa de Cristo sobre la Providencia: por eso no solamente dejaba aparte toda preocupación por las cosas materiales, sino que agradecía y gozaba las contrariedades en este campo. Así, cuando tuvo que renunciar a su obra querida, *la Providence*, ofreció voluntariamente, de buen grado, la misma solución para la escuela de chicos, aunque fuera algo tan doloroso como abandonarlos<sup>18</sup>. Y acogió a los religiosos con toda la amabilidad, la alegría y el entusiasmo que podía.

Cuando un sacerdote de la ciudad vino a admirar el “fenómeno de Ars”, pensando encontrar a alguien que se imponía, con dotes humanos y muchas formas sociales, quedó totalmente decepcionado y confesó a un amigo: “Es una persona de nada... come en la calle, como un mendigo...”. El Cura de Ars se enteró de estas palabras que le gustaron mucho: “Éste se engañó: pensaba encontrar algo en Ars, pero no hay nada...”, dijo con una sonrisa maliciosa<sup>19</sup>.

Esta “nada” ofrecida a Dios con tanto amor, forjada en la escuela de la pobreza, es la “nada” de los Santos que permite a Cristo obrar maravillas.

<sup>15</sup> MARC JOULIN, *Il Santo...*, 32.

<sup>16</sup> ID., 38.

<sup>17</sup> JEAN-JACQUES ANTIER, *le Curé...*, 246.

<sup>18</sup> JEAN-JACQUES ANTIER, *le Curé...*, 276.

<sup>19</sup> ID., 277.